



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Gudynas, Eduardo

La ecología política de la crisis global y los límites del capitalismo benévolos

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 36, enero, 2010, pp. 53-67

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50912885005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La ecología política de la crisis global y los límites del capitalismo benévolos*

The political ecology of the global crisis and the limits of benevolent capitalism

Eduardo Gudynas

Investigador principal en el Centro Latino Americano de Ecología Social (CLAES), Montevideo, Uruguay.

Correo electrónico: egudynas@ambiental.net

Fecha de recepción: agosto 2009

Fecha de aceptación y versión final: noviembre 2009

Resumen

Si bien la actual crisis global cambia el balance e intensidad de la presión ambiental en los ecosistemas de América del Sur, persisten las estrategias de desarrollo bajo una intensa apropiación de los recursos naturales, una inserción primarizada en el mercado global y la externalización de los impactos ambientales. Primero, se han negado o minimizado los efectos de la crisis (apelando a imágenes como el desacople o blindaje de las economías), y cuando fueron reconocidos, se ha postulado una “reparación” o “reforma” del capitalismo, pero manteniendo su esencia. Esto expresa una base ideológica que se caracteriza, entre otros aspectos, por su antropocentrismo y fe en el progreso material. La dimensión ambiental es apenas asumida como un ajuste instrumental que termina generando la ilusión de un capitalismo benévolos, defendido incluso por los gobiernos progresistas sudamericanos.

Palabras clave: impactos ambientales, crisis global, capitalismo, antropocentrismo, biocentrismo.

Abstract

While the current global crisis is changing the balance and intensity of the pressure on South America's ecosystems, development strategies based on the intense appropriation of natural resources, an insertion in the global market based on primary resources and the externalization of environmental impacts persist. First, the effects of the crisis were denied or minimized (with an appeal to images such as the uncoupling or shielding of economies), and now that they have been recognized, a “repair” or “reform” of capitalism has been proposed while maintaining its essence. This expresses an ideological base characterized, among other aspects, by anthropocentrism and faith in material progress. The environmental dimension is assumed merely as an instrumental adjustment that results in generating the illusion of a benevolent capitalism, which is defended even by progressive South American governments.

Key words: environmental impacts, global crisis, capitalism, anthropocentrism, biocentrism.

* El presente artículo resulta de las líneas de investigación del CLAES, que cuenta con el apoyo de la Fundación F. Mott y la Fundación Ford. Agradezco la revisión de Mariela Buonomo (Uruguay), Alberto Acosta (Ecuador), José M. Tortosa (España) y Joachim Becker (Austria).

Eduardo Gudynas

Introducción

La actual crisis económica encierra profundas implicaciones sobre las articulaciones entre las estrategias de desarrollo y su contexto ambiental en América Latina. Las exportaciones de la región siguen descanzando, sobre todo, en recursos naturales y, por lo tanto, la inserción comercial es uno de los factores claves para explicar las presiones que sufren distintos ecosistemas. La inversión extranjera también está detrás de muchos emprendimientos de alto impacto. Sea por éstas u otras vías, los vaivenes internacionales juegan un papel clave en los estilos de apropiación de la naturaleza.

En el presente artículo se examinan algunos de estos aspectos en América del Sur. Se resumen los impactos ambientales y se evalúan las respuestas en el entorno de la actual crisis internacional. Estas últimas se describen como intentos de reparación o reformas del capitalismo¹, desde el punto de vista de la ecología política, en el entorno de la actual crisis internacional. Se subraya que, a pesar de la crisis, persiste el énfasis en estilos de desarrollo convencionales y no sustentables desde el punto de vista ecológico, incluso bajo gobiernos “progresistas” o de la nueva izquierda. Esto desemboca en un “capitalismo benévolos”, dentro del cual se aceptan algunas cuestiones ambientales, pero se las maneja manteniendo la fe en el crecimiento económico y la apropiación de la naturaleza. Por lo tanto, persiste una postura antropocéntrica sobre la naturaleza, postura

enfocada en la idea de progreso. Se concluye que las contradicciones ecológicas del capitalismo contemporáneo exigen cambios que van más allá de reformas o reparaciones económicas, y que residen en el terreno de los valores, donde es indispensable una transición desde el antropocentrismo al biocentrismo.

La dimensión ecológica de la crisis

Buena parte de la presión sobre los ecosistemas latinoamericanos se debe a la apropiación de los recursos naturales para nutrir corrientes exportadoras. En efecto, del total de exportaciones, un 92,3% son productos primarios en la Comunidad Andina y un 63,1%, en el MERCOSUR, Chile y Bolivia (datos del año 2006; CEPAL 2008). En la misma línea, la inversión extranjera directa con destino extractivista aumentó más que la destinada al sector manufacturero (CEPAL 2009a). Eso esclarece problemas que van desde el avance de la frontera agropecuaria a los impactos de la minería.

El alto precio de las materias primas y la bonanza económica que ello generó explica la profundización de esa estrategia en los años pre crisis. Por ejemplo, considerando algunos productos clave por sus implicaciones ambientales, se observa que la soja alcanzó picos en el orden de 600 USD/tonelada; el petróleo, 140 USD/barril; y el cobre, 4 USD/libra.

La crisis económica iniciada en 2007, y evidente en 2008, quebró esa tendencia. Sus efectos fueron más allá de las finanzas, abarcando otras esferas económicas y comerciales, e incluso políticas; y desde algunos países industrializados terminó por convertirse en global (Foster y Magdoff 2009; Fullbrook 2009; Ugarteche 2009; Estay 2009; CEPAL 2009b y 2009c). Los precios de las materias primas cayeron rápidamente, tanto por la retracción del consumo en los países importadores como por la escasez del crédito y la salida de fondos especulativos que operaban en muchos rubros. Siguiendo con los ejemplos anteriores, la soja

1 Existen por lo menos tres usos del término “ecología política”: aplicado a un conjunto de preceptos, valores o a una agenda política sobre cuestiones ambientales, y que se presenta como modelo a seguir; utilizado para el análisis de las interacciones entre sociedad y naturaleza y, por lo tanto, ampliamente superpuesto con la ecología humana, ecología social y otras disciplinas; y utilizado para el análisis desde las llamadas ciencias políticas de los procesos y actores involucrados en los temas ambientales, como asunto propio de la política, y que se expresa en los espacios públicos. En el presente artículo se sigue especialmente esta tercera postura.

cayó a niveles de 340 USD/tonelada, el petróleo, 40 USD/barril, aproximadamente, y el cobre llegó apenas por arriba de un dólar por libra. Si bien los precios de las materias primas permanecen en niveles inferiores a los registrados en los últimos años, en varios de ellos hay una recuperación.

Estos cambios en los flujos de exportación y capital afectan directamente la presión sobre los ecosistemas e, incluso, la institucionalidad ambiental. Ese vínculo es tanto directo como indirecto: el primer caso corresponde a las exportaciones de recursos (como puede ser el cobre, maderas preciosas o granos), mientras que los efectos indirectos se deben a intervenciones ecosistémicas que se realizan para permitir aquellas exportaciones (por ejemplo, construir una hidroeléctrica para brindar energía a empresas mineras)². Este tipo de apropiación de dichos recursos naturales siempre implica la externalización de impactos sociales y ambientales no incorporados en los precios finales. Sus efectos negativos son socializados y transferidos a las comunidades locales, gobiernos municipales y al Estado en general.

Los efectos de la crisis internacional (CEPAL 2009b) generan un nuevo balance en la apropiación de los recursos naturales. A partir del seguimiento en temas de ambiente y desarrollo que realiza el CLAES (Centro Latino Americano de Ecología Social), se observan las siguientes tendencias en América del Sur: a) La escasez en capital, la caída en los precios y la reducción en el comercio global determinaron una reducción de la presión ambiental en sectores como minería, hidrocar-

buros, petroquímica, celulosa, entre otros. b) La exploración y prospección minera y petrolera se ha aminorado, pero en algunos casos se intenta compensar la caída de los precios por un aumento del volumen extraído. Esto también se observa en el sector minero, y desemboca en mayores problemas de contaminación. c) La intensificación agrícola aminoró, debido al mayor costo de los agroquímicos y las maquinarias. Pero persiste el avance de la frontera agrícola sobre áreas silvestres, especialmente en sitios tropicales. Sectores que hasta hace poco eran muy dinámicos se redujeron drásticamente. Por ejemplo, del total de 200 proyectos de agrocombustibles a partir de caña de azúcar en Brasil, solo unos 100 comenzaron a implementarse, y de ellos al menos 50 están en venta (*Valor*, 10/06/2009).

De esta manera, la crisis actual genera cambios en la presión sobre los ecosistemas. Posiblemente predominará la ampliación horizontal sobre la intensificación. Bajo una expansión horizontal, la producción agropecuaria y forestal crece al incorporar nuevas tierras, mientras que, bajo la intensificación, el mayor crecimiento productivo se explica por aumentos de rendimientos en cosechas o extracciones en una misma superficie. Por lo tanto, persistirá la deforestación en los bosques tropicales amazónicos (especialmente en Bolivia, Ecuador y Perú, y en el llamado “arco de deforestación” brasileño) y en áreas subtropicales (como las tierras bajas de Bolivia, oriente de Paraguay y norte de Argentina). El Cerrado de Brasil continuará deteriorándose, y corre el riesgo de ser la primera gran región ecológica en desaparecer en el siglo XXI. Pero ese avance de la frontera agropecuaria está limitado por la infraestructura de transporte disponible. La crisis ha lentificado ese tipo de proyectos de conectividad de transporte (especialmente los de la Iniciativa en Infraestructura Regional Suramericana, IIRSA). En el caso del sector extractivo, persistirán los impactos en la región andino-amazónica, y en enclaves mineros de Argentina, Chile y Brasil.

2 En muchos casos, se exporta tanto un producto como una serie de servicios y recursos ambientales asociados a éste, y cuyos impactos ambientales son de envergadura. Un caso ilustrativo es la exportación de aluminio desde Brasil, que incluye la extracción de bauxita y también un enorme aporte de energía eléctrica con sus impactos ambientales asociados (*i.e.* construcción de represas). Es así que podría sostenerse que Brasil realmente exporta sobre todo energía barata, y que eso explica que ese tipo de actividades extractivas florezcan en países del Sur y hayan sido abandonadas en el Norte.

Eduardo Gudynas

La gestión ambiental, incluyendo la evaluación, monitoreo y fiscalización, están siendo afectadas negativamente. Esto se debe tanto a mayores restricciones en personal, equipamiento y gastos corrientes en las agencias ambientales, como a los intentos de flexibilizar los requerimientos ambientales para atraer inversiones, ahora más escasas. Los gobiernos buscan acelerar el otorgamiento de permisos ambientales, conceden excepciones o debilitan la aplicación de las normas. No sólo persiste la externalización de los impactos ambientales, sino que los intentos de internalizar esos efectos son vistos como potenciales trabas a la recuperación o como pérdidas de competitividad. En algunos casos, se usa el argumento de la crisis para promover todavía más la exportación de materias primas, tales como la minería a pequeña escala en Costa Rica y El Salvador; minería a cielo abierto, a gran escala, en Ecuador; minería de litio en Bolivia. El argumento de la crisis también se usa como justificativo en el veto presidencial de la ley de protección de glaciares en Argentina para permitir un emprendimiento minero conjuntamente con Chile. Se afecta la consolidación institucional, en especial la de los nuevos ministerios del ambiente creados en Chile y Perú. Las restricciones presupuestarias también limitan avances en saneamiento, manejo de residuos sólidos urbanos, eficiencia energética o implementación de áreas protegidas.

En la integración regional, dado que la crisis acentúa la competencia entre los países por maximizar sus exportaciones y atraer inversiones, aparecen disputas sobre el manejo de recursos compartidos o en áreas de frontera, y hay limitaciones mayores para acuerdos ambientales regionales vinculantes (tanto en la Comunidad Andina como en el MERCOSUR). El Tratado de Cooperación Amazónica, donde el mandato ambiental es mucho más claro, será seguramente afectado. En algunos países se destinan recursos estatales para sostener algunos sectores productivos basados en recursos naturales. El caso más destacado es el apoyo financiero a

la agroindustria en Brasil, con lo cual se mantienen las presiones ambientales generadas por los monocultivos. Entretanto, otros países apelan a medidas convencionales para atraer inversores (exoneraciones tributarias, reducciones en el cobro de regalías, apoyo en energía o caminería, etc.), con lo cual se subvencionan indirectamente actividades de alto impacto ambiental.

La ecología política de las respuestas frente a la crisis

Esas consecuencias ambientales se suman a los efectos económicos y políticos en casi todos los países latinoamericanos. Por ejemplo, recientemente CEPAL (2009c) afirmó que los actuales impactos son más agudos a los observados durante la crisis de la deuda y han implicado una retracción económica, el desplome del comercio internacional y la escasez del capital.

Pero a pesar de esa gravedad, la respuesta predominante en Sudamérica ha oscilado entre la negación, la minimización y el optimismo. En un primer momento, en 2008, casi todos los gobiernos y muchos analistas convencionales insistieron en la idea del “desacople” de las economías nacionales frente a la crisis en los países industrializados. Asumían que la crisis sería temporal, que los mercados emergentes eran más independientes de las economías industrializadas, y que la persistencia de la demanda desde otras regiones (especialmente China) permitiría mantener el flujo del comercio exterior.

Pocos meses después se reconoció la gravedad de la situación, y entonces se pasó a la postura del “blindaje”: las economías nacionales estarían blindadas y lograrían sostenerse por sus propios medios, pues contaban con grandes reservas acumuladas durante el *boom* exportador de *commodities* (por ejemplo, Chile). Finalmente, al promediar 2009, los gobiernos comienzan a admitir que la crisis golpeaba sus

economías; se redujeron las proyecciones de crecimiento económico y expectativas exportadoras, y se hicieron evidentes problemas en el empleo y el consumo. Las respuestas de los países se resumen en CEPAL (2009a).

Más allá de los detalles, un punto llamativo es la resistencia a admitir los efectos de esta crisis por parte de casi todos los gobiernos y muchos analistas, incluso desde tiendas políticas opuestas. Entre los gobiernos, las declaraciones más fuertes sobre el pretendido “desacople” o “blindaje” procedieron, por ejemplo, de los presidentes Cristina Fernández de Kirchner (Argentina) y Lula da Silva (Brasil). No puede sorprender que analistas económicos convencionales insistieran que la crisis no golpearía a la región, pero es llamativo que desde otras tiendas ideológicas se afirmara lo mismo. Por ejemplo, Emir Sader (2008) sostenía que la crisis no tendría efectos “directos y devastadores sobre el sistema económico mundial”, y que los menos afectados serían Brasil y en parte Argentina –todas esas predicciones fueron refutadas por la realidad a los pocos meses–.

Por lo tanto, se suceden reportes que minimizan los efectos de la crisis, presentándola como un fenómeno externo, y se redobla la defensa de una estrategia de desarrollo basada en exportar recursos naturales, la que incluso debería ser acentuada para poder salir de los problemas. Esto explica medidas estatales de apoyo a sectores exportadores, como la agroindustria en Brasil, la insistencia en flexibilizar y agilizar los permisos mineros en Perú, o abrir nuevos rubros mineros en Bolivia.

Como la ecología política de esa respuesta es mantener o profundizar la inserción global a partir de la venta de *commodities*, se insiste en evitar trabas o restricciones en la apropiación de la naturaleza. La protección del ambiente pierde frente a esa racionalidad económica, convirtiéndose en una variable de ajuste y flexibilizándola para mejorar la competitividad en el capitalismo global. Se niega que exista una contradicción entre el capitalismo con-

temporáneo y su base ecológica³. Esta es una posición que está a tono con los dos principales tipos de respuestas frente a la crisis: su “reparación” y su “reforma”. Éstas se analizan seguidamente.

Reparación y reforma del capitalismo

La postura de la “reparación” sostiene que la crisis actual no se debe a problemas en la esencia del capitalismo o en las prácticas del mundo financiero, sino que resultaron de fallas en procesos de control y vigilancia, y de prácticas de algunos inescrupulosos (como el financista de Wall Street, Bernard Madoff). Bajo esta perspectiva, la estructura, funcionamiento e institucionalidad del capitalismo contemporáneo, incluyendo su componente financiarizado-globalizado, es correcto y adecuado. Pero como su autorregulación falló, se aceptan medidas de reparación: ajustar los controles y la vigilancia, permitir la quiebra de empresas, aplicar una mayor flexibilización laboral, etc. Por otro lado, se rechazan intervenciones en la regulación estatal, se considera el desempleo como una consecuencia insalvable pero pasajera, y así sucesivamente. Estas son tesis más cercanas a corrientes neoconservadoras y neoliberales (Cato Institute en Washington; White 2008; Miron 2009), pero que tienen actualmente una penetración más bien limitada en América Latina en algunos círculos académicos, empresariales y políticos conservadores.

En cambio, la postura de la “reforma” cuenta con un número mayor de adeptos, aunque es más heterogénea. Se afirma que el capitalismo actual (y en especial, su dimensión financiera y global) encierra contradicciones y deformaciones que deben ser modificadas. Se rechazan los dogmas neoliberales y se plantea una mayor presencia estatal –incluyendo la

3 En la caracterización del capitalismo se siguen, en especial, algunos de los aportes en Heilbroner (1990), y Boltanski y Chiapello (2002).

Eduardo Gudynas

nacionalización de grandes empresas o sectores, si es necesario—, sostener el empleo o aplicar regulaciones más profundas sobre las finanzas, etc. Se recomiendan reformas, pero dentro del régimen capitalista. Se defiende entonces un capitalismo con “mayor conciencia social” según Amartya Sen (2009); no se rompe con la globalización, pero se apela a otro tipo de relaciones internacionales, como lo hace Joseph Stiglitz (por ejemplo, en United Nations 2009); y se buscan otros balances entre la inserción comercial global y las agendas sociales y productivas (es el “capitalismo 3.0” del economista Dani Rodrik).

Estas son posturas mucho más cercanas a varios gobiernos en América Latina, y cuentan con un mayor número de seguidores. Incluso la CEPAL, en un informe reciente (CEPAL 2009c), no reclama transformaciones profundas, sino que postula una solución, basada en una mayor presencia estatal, especialmente enfocada en un rescate financiero de los sectores más afectados para volver a impulsar el crecimiento.

Cada una de estas opciones tiene distintas implicancias para una ecología política de la naturaleza y el desarrollo. En el caso de la “reparación” se mantendría el énfasis extractivista de los recursos naturales, y las novedades estarían enfocadas, por ejemplo, en combatir la corrupción en la adjudicación de permisos ambientales. La opción “reformista” no contradice el extractivismo, pero lo matiza con algunas medidas, como pueden ser una mejor regulación ambiental o el uso de la responsabilidad social empresarial, y no rechazaría los códigos de conducta ambiental en ámbitos como la Organización Mundial de Comercio (OMC). Se mantendría la inserción internacional basada en recursos naturales, aunque se aceptarían estándares ambientales y sanitarios consensuados a nivel global.

Más allá de las diferencias y semejanzas entre esas opciones, lo importante para el presente análisis es que ninguna de ellas plantea cambios sustanciales en la lógica de la apropiación

ción de los recursos naturales, ni en la meta del desarrollo como crecimiento económico. Aunque reformistas como Rodrik (2009) alertan sobre la idea de que en un mundo postcrisis es inadecuado insistir en un “modelo de desarrollo” basado en altos precios de los *commodities*, los gobiernos sudamericanos insisten en ese camino para retomar el crecimiento económico. Países como Argentina y Brasil intentan seguir liberalizando el comercio mundial en la OMC y redoblan su rechazo a los estándares ambientales; la CEPAL (2009c) llama a “resistir” el proteccionismo verde y defiende la primarización exportadora, advirtiendo que es un “error subestimar el potencial de las actividades basadas en recursos naturales para originar altos crecimientos de la productividad”.

Las posturas del desacople y el blindaje ante la crisis hacen que las posibilidades para repensar la estructura y funcionamiento del capitalismo sean muy pocas. Las verdaderas tensiones entre la naturaleza y los usos productivos no se abordan, y muchos se entretienen con la ecología del cambio climático global (como hace CEPAL), perdiendo las vinculaciones directas con los problemas ambientales locales y nacionales (un punto que se analizará más adelante). Se insiste en seguir el mismo ritmo de apropiación de los recursos naturales, y se olvidan sus impactos ambientales.

De este breve repaso, resulta por demás llamativo que esta crisis no esté generando un efecto más fuerte y deje en clara evidencia las contradicciones ambientales del capitalismo. Mientras que en las naciones industrializadas estallaron las polémicas sobre esos aspectos, en los países del Sur el debate es más tímido (como, por ejemplo, ilustra Subramanian (2009) para la India), y no se intentan mayores regulaciones sobre la inversión externa, dadas las responsabilidades de los inversores especuladores. En América Latina la situación es similar, y si bien algunos anunciaron el desplome del capitalismo, hay que admitir que los debates no se han extendido ni profundizado. Es especialmente impactante que bajo los gobiernos

progresistas no ocurriesen discusiones más profundas sobre el capitalismo, y entre ellas, sobre sus contradicciones ecológicas.

Contradicciones ecológicas en el capitalismo y la ideología del progreso

Las contradicciones ambientales en el capitalismo contemporáneo han sido señaladas repetidamente. Entre ellas se encuentra la imposibilidad del crecimiento económico continuado en un mundo con recursos finitos, la persistente generación de impactos ambientales (contaminantes y residuos, entre otros), la desaparición de áreas silvestres e incluso los cambios ambientales a escala global (Assadourian 2007 y UNEP 2007). Este deterioro ambiental a su vez socava las propias bases productivas del capitalismo (Smith 1990; O'Connor 1998; Altvater 1993; Kovel 2005).

Si bien desde hace décadas se suman esas denuncias y alertas, una y otra vez han sido minimizadas en América Latina, donde persiste la idea de que se pueden seguir explotando sus recursos naturales. Se cree que disfrutamos de un “balance” donde los beneficios económicos superan los efectos ambientales y que, de todas maneras, dado que América del Sur posee recursos naturales muy abundantes, enormes áreas supuestamente “vacías” y amplias capacidades ecosistémicas para absorber y amortiguar los impactos ambientales, todavía no debemos preocuparnos. El estilo de desarrollo actual, basado en recursos naturales, se defiende entonces como posible y necesario, técnicamente manejable, y como resultado de un acuerdo supuestamente democrático de control soberano sobre el ambiente.

Sin embargo, ideas como las mencionadas carecen de buen sustento, y el supuesto “balance” es un eufemismo que busca legitimar los daños ambientales. En realidad, el deterioro ambiental continúa avanzando en América Latina, aumenta el número de especies amenazadas, y los problemas por contaminación si-

guen escalando (PNUMA 2003; UNEP 2007; Kareiva y otros 2007). El desarrollo capitalista ha hecho que las medidas de protección ambiental siempre vayan por detrás de esos impactos negativos y que, en muchos casos, hayan sido insuficientes para impedirlos. Asimismo, los cambios ambientales a escala global se suman a la misma tendencia. La crisis económica global no ha cambiado la esencia de esta problemática, sino que ha alterado ritmos o énfasis en sus componentes.

Pero a pesar de la aplastante acumulación de evidencia sobre los impactos ambientales, se mantiene la defensa en los estilos de desarrollo actuales. Esta actitud no es nueva y se ha repetido desde el mismo inicio de los debates sobre las contradicciones entre crecimiento económico y conservación ambiental, en la década de 1970. A lo largo de los años, esa defensa ha tomado distintos énfasis, con la participación de las élites político-partidarias, sectores académicos y el apoyo de buena parte de la opinión pública. Por lo tanto, esas ideas no son reflejo de unos pocos sectores, sino que expresan posturas y sensibilidades profundamente arraigadas. Es una ideología en la que la sociedad está separada de la naturaleza y, por lo tanto, ésta debe ser apropiada y manipulada para asegurar el progreso. Desde esa ideología se generan diferentes paradigmas sobre el orden capitalista en América Latina, aunque obviamente uno y otro se determinan mutuamente⁴.

La postura dualista se expresa en un fuerte antropocentrismo, en el cual la naturaleza es un conjunto de recursos que deben ser utilizados para alimentar el desarrollo –entendido como progreso continuado–. Este progreso se expresa

4 La discusión sobre bases ideológicas tiene una larga historia, comenzando por los aportes clásicos de Max Weber sobre el “espíritu” del capitalismo (Heilbroner 1990; Boltanski y Chiapello 2002). En el presente texto se diverge de esas posturas, en tanto se sostiene que existe una ideología del progreso y que, desde ella, se derivan diferentes paradigmas de desarrollo, incluyendo el capitalismo en sus diferentes expresiones. En otras palabras, existen ideas básicas que preceden y explican el capitalismo.

Eduardo Gudynas

como crecimiento económico no solo posible sino perpetuo, bajo una mirada histórica lineal.

El ambiente es valorado en tanto reviste utilidad, y se expande el concepto de mercancía para englobar la naturaleza; la valoración económica se vuelve, pues, dominante. El bienestar humano y la felicidad se lograrían por la propiedad y consumo de bienes materiales, y la *commodification* se expresa tanto en la esfera ambiental como social (Williams 2005). Se confía en una ciencia que tiene un énfasis instrumental y manipulador, y la moral aparece disociada de la ética y es antiutopista. Se despliega una cultura del beneficio propio, el lucro y el éxito personal; se acepta (y a veces se festeja) la acumulación, jerarquizando la libertad económica en detrimento de otras libertades.

Pero incluso la esfera económica es simplificada, y desaparece la heterogeneidad de mercados que existen en América Latina, desde las ferias campesinas basadas en el trueque y reciprocidad, hasta las transacciones con los *brokers* internacionales de *commodities*. Unos mercados son invisibilizados y otros son cooperados, apuntándose a difundir un único tipo de mercado capitalista. Los procesos productivos se acoplan a redes globales económicas y comerciales –en varios casos, parte de la globalización financiera–, las mismas que son transnacionalizadas, no localizadas, y con fuertes impactos en la gestión territorial. Finalmente, se deriva hacia democracias formales con una fuerte delegación, y cuestiones como la justicia social y ambiental siguen acorraladas.

La actual crisis encierra el potencial de poner en discusión muchos de estos aspectos, sean los del presente paradigma de desarrollo, sean sus bases ideológicas. Esta oportunidad resultaba especialmente atractiva para las corrientes políticas de izquierda o progresistas sudamericanas, ya que podrían promover reformas más sustanciales tanto dentro del orden capitalista como fuera de él, buscar alternativas que lo trasciendan y, en el caso de la temática ambiental, intentar otra política y gestión de la naturaleza.

Pero esto no ha ocurrido bajo los gobiernos progresistas en Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Ecuador, Paraguay, Uruguay y Venezuela. En esos países se ha abordado la crisis oscilando entre su negación, el desacople y el blindaje, o medidas puntuales, intercaladas con algunas críticas al papel de los países industrializados. A pesar de las diferencias entre los gobiernos, todos ellos siguen defendiendo las estrategias de desarrollo extractivistas y convencionales. No se discute la esencia de su inserción global ni el propósito de promover las exportaciones de productos básicos. En algunos casos (Ecuador y Venezuela), se han cuestionado aspectos como la arquitectura financiera global, pero, más allá de eso, se mantiene la misma fe en el crecimiento económico, motorizado por el aprovechamiento de las riquezas ecológicas. Puede concluirse que los gobiernos progresistas ofrecen otra prueba del profundo arraigo de esta ideología del progreso. Más allá de sus matices, sostienen que las medidas ambientales son restricciones o trabas a las exportaciones y a su crecimiento económico (en las secciones anteriores, constan varios ejemplos de esto).

Al ser una ideología, va mucho más allá de un cierto orden económico, invadiendo la trama cultural de nuestras sociedades. Se expresa en sus líderes políticos, alcanzando a la izquierda, a sectores académicos y a varios movimientos sociales (como los sindicatos de base industrial). La apuesta por el crecimiento se convierte en un mandato para asegurar un más eficiente e intenso aprovechamiento de los recursos (una riqueza que no puede ser desperdienciada). En ese contexto, la opción de una crítica radical al desarrollo, en general, y el capitalismo, en particular, queda muy constreñida, es mirada con desconfianza por amplios sectores de la población, recibe hostilidad académica y es acusada de representar debates pasados de moda.

Esto también se debe a que los gobiernos progresistas, y su base social de apoyo, han quedado satisfechos con los cambios instrumentales que han introducido, tales como una mayor presencia del Estado. A cambio de los

beneficios que eso pudiera generar, se aceptaron las reglas y estructuras capitalistas convencionales. Esto desemboca en que no se discutan las esencias del problema, sino cuestiones instrumentales: así, el grado de participación del Estado en la apropiación de la naturaleza (por ejemplo, explotación petrolera en manos de empresas estatales o privadas, pero no sobre la dependencia petrolera) o la captación de excedentes (aplicar tasas a las exportaciones de granos, como lo hace Argentina, o no hacerlo, como en Brasil, pero no sobre los monocultivos). En lugar de aprovechar la crisis para renovar la búsqueda de alternativas, se la ha presentado como excusa para sostener que no hay otras opciones, y que ella genera restricciones e imposiciones que vienen desde fuera.

Factores de este tipo explican que las respuestas a la crisis hayan consistido, mayormente, en profundizar el estilo de desarrollo hacia una vertiente extractivista. El Estado la apoya, sea por medidas directas como el crédito (por ejemplo, financiar la agroindustria exportadora en Brasil), o indirectas (por ejemplo, otorgamientos de permisos ambientales para nuevas plantas de celulosa en Uruguay o la aprobación de una nueva ley minera en Ecuador). Algunos viejos líderes de la izquierda incluso afirman que actualmente nos encontramos en la etapa del “crecimiento” o “despegue”, y que los temas ambientales son un “lujo” que debe dejarse para después. “Primero se necesitan las chimeneas, y después se considerarán los temas ambientales”, se ha sostenido en más de una ocasión⁵.

Es evidente que un gobierno progresista reviste diferencias con otros de tipo conservador, tales como un mayor papel del Estado y políticas sociales más enérgicas. En particular, se implantaron y extendieron medidas de asis-

tencia social focalizadas y, en casi todos los casos, basadas en pagos en efectivo a cambio de ciertas exigencias (concurrir a la escuela, revisiones médicas, vacunaciones, etc.). Sin duda, programas de este tipo conllevan muchos aspectos positivos. Pero desde la ecología política se debe alertar que si solo se hiciera aquello, se cae en una paradoja: los gobiernos progresistas promueven un tipo de desarrollo que genera impactos sociales y ambientales negativos, pero utilizan parte de los excedentes de esos emprendimientos para financiar programas sociales que compensan o amortiguan dichos efectos negativos. El estilo de desarrollo basado en el extractivismo no se pone en discusión, ya que se convierte en una de las fuentes claves de captación de recursos financieros para el Estado. Esas acciones sociales también sirven para ganar legitimidad, apoyo electoral y apaciguar la protesta ciudadana.

Los programas sociales no pueden ser abordados en forma aislada, sea de las cuestiones ambientales o de las propias estrategias de desarrollo. Muchos de ellos, son valiosos paleativos, explicados por la necesidad y urgencia, pero no pueden ser excusas para suspender un debate más sustancial sobre la propia esencia de los estilos de desarrollo y el papel del capitalismo actual.

5 Para dejar en claro cuán profundamente arraigada se encuentra esta visión de la naturaleza, es oportuno repasar recientes declaraciones del presidente Lula da Silva. A propósito de la oposición de ambientalistas a construir represas hidroeléctricas en el Río Madeira, Lula afirmó: “La pelea, ustedes no quieran imaginar,

no quieran imaginar los meses que perdimos discutiendo sobre los granos de arena que estaban en el fondo del río. No quieran imaginar. Precisamos contratar al mejor profesor del mundo en esa materia [...] Cuando resolvimos el problema de la arena, me llegó otro y me hablan de los peces, que había un bagre, y que los bagrecitos no podían nadar por la represa allí en los Andes y todo ese asunto. Yo me comprometí que cuando dejé la presidencia compraría una canoa, agarraría los bagrecitos, los colocaría en la canoa, y los llevaría al otro lado y los traería de vuelta” (declaraciones del 22/06/2009; traducción del autor). Las referencias despectivas a los peces (bagres) del Río Madeira se repiten por lo menos desde fines de 2006. De similar manera criticó a ambientalistas, indios y comunidades afrobrasileñas por “trabar” el crecimiento de Brasil, y sostuvo que si fuera por él, desmembraría la agencia ambiental de su gobierno.

Eduardo Gudynas

El inevitable ajuste ecológico del capitalismo

A pesar del vigor de la ideología del progreso, la acumulación de evidencia ecológica e impactos ambientales obliga a realizar ajustes dentro del capitalismo. Dentro de la perspectiva de la “reparación” del capitalismo o el “capitalismo 3.0” se acepta la temática ambiental y ésta aparece casi siempre bajo dos expresiones: por un lado, la preocupación por el cambio climático global, y por el otro, la profundización de la inclusión de la naturaleza dentro del mercado. Es un inevitable “ajuste” que brinda una cara verde al capitalismo, pero no permite solucionar los desencadenantes de la crisis ambiental. Aunque se han vuelto muy comunes, es necesario precisar algunas de sus características.

El cambio climático es abordado en América Latina de manera distorsionada. Más allá de la insistencia en reclamar compensaciones financieras o asistencia tecnológica a los países industrializados, los gobiernos latinoamericanos enfocan sus acciones y discursos en un tipo de emisiones que, en realidad, corresponden a las prioridades de los países industrializados y no a las propias. En efecto, las naciones ricas deben reducir sus gases invernadero originados en sectores como transporte, generación eléctrica o industria, ya que estos representan la parte sustancial de sus emisiones (en la Unión Europea alcanzan el 90% del total). Sin embargo, en América del Sur, el mayor aporte (75,2%) proviene de los cambios en el uso de la tierra, deforestación y agricultura (datos de emisiones de CO₂ equivalentes, para el año 2000, CAIT del World Resources Institute). Por lo tanto, el problema más urgente y grave acerca del cambio climático en América del Sur se origina en las políticas agropecuarias, los usos de la tierra y las exportaciones agroalimentarias –justamente temas que estos países evitan discutir–. Es evidente que ésta es una temática mucho más urticante que mantener campañas de publicidad a favor

de automóviles híbridos o el recambio de lámparas de bajo consumo.

La mercantilización (*commodification*) de la naturaleza avanza al fragmentarla en los llamados “bienes y servicios ambientales” y en distintas mercaderías para insertarla en los procesos productivos. Los componentes de los ecosistemas, sean especies de fauna o flora o, incluso, sus genes o sus ciclos ecológicos, se convierten en mercancías sujetas a las reglas del comercio, que pueden tener dueños y valor económico. Países como Brasil o Argentina se encuentran, por ejemplo, entre los más enérgicos defensores de incorporar esos bienes y servicios ambientales al régimen de la Organización Mundial de Comercio. Esta postura llega a extremos, como en la propuesta de *Conservation International* para la Amazonía, donde se sostiene que las áreas protegidas deberían autofinanciarse por medios como la venta de bienes y servicios ambientales o los derechos de captación de carbono (Killeen 2007). Es una postura pesimista extrema que renuncia a intentar cambiar el capitalismo global, acepta que se destruirá gran parte de los bosques tropicales y apenas espera salvar un puñado de áreas protegidas, insertándolas en las mismas redes económicas que explican la devastación ambiental. Incluso genera un nuevo concepto de “naturaleza” como agregado de bienes y servicios que ya son internos a los sistemas económicos (Smith 1990).

Estos y otros elementos nos dan a entender que bajo la ideología del progreso solo es posible incorporar algunos temas ambientales con una “reparación” del capitalismo. Pero la forma bajo la cual se estructuran los procesos productivos no podría revertirse, ya que eso implicaría discutir cuestiones que cualquier ideología siempre evita: sus bases conceptuales más profundas.

A su vez, la crisis económica actual (aguda) oculta en parte la crisis ecológica (crónica). Además el capitalismo al externalizar los impactos ambientales, los oculta invisibilizando la contaminación o degradación ambiental. El

capitalismo siempre empuja la frontera del daño ambiental “aceptable”.

El capitalismo benévolos

El “ajuste” verde del capitalismo, junto a otras medidas similares en el plano social, que son funcionales a la ideología del progreso, terminan en lo que podría llamarse un “capitalismo benévolos”. No se niegan muchos de los impactos del capitalismo ni de las desigualdades que encierra, y se acepta que se deben incorporar aspectos ambientales o sociales, incluyendo regulaciones e instrumentos económicos. Pero todo ello está adaptado a la propia estructura y dinámica del capitalismo.

En la temática ambiental esta reacción se debe a varios factores: por un lado, la aceptación de encarar algunos problemas ambientales que son cada vez más graves y que pueden poner en riesgo la propia acumulación capitalista, tal como sucede con el cambio climático o la energía; las expectativas de generar negocios con los bienes y servicios ambientales, incluyendo nuevas fuentes de energía o algunos nichos de mercado basados en la calidad ambiental; y finalmente, una crisis de legitimación, en la que las protestas sociales por impactos ambientales ponen en riesgo la producción y los entramados políticos que amparan dicha legitimización.

Bajo esta postura, el ambiente se podría manejar tecnocráticamente, reduciendo los impactos ambientales, minimizando el consumo de energía, otorgando derechos de propiedad y precios a los bienes y servicios ambientales, cobrando prominencia el concepto de “capital natural”, y así sucesivamente. Se podrían sumar acciones de responsabilidad empresarial, protección del consumidor y códigos de conducta. Los temas ambientales son considerados como oportunidades para nuevos negocios –“portafolios de negocios sustentables” (Hart 2006); se defienden las “industrias verdes” y el “marketing ecológico” (World

Bank 1999; Calomarde 2000); y se concluye en un “capitalismo natural” que desencadenaría la próxima “revolución industrial” (Hawken y otros 1999).

Uno de los aspectos clave en este capitalismo benévolos es intentar presentar la naturaleza como un conjunto de bienes y servicios que son objeto de valor económico, tal como se indicó arriba. Convertida en capital natural, se defiende una substitución posible, y a veces perfecta, entre ella y otras formas de capital. Este tipo de valoración ha sido muy cuestionada, pero persiste como uno de los núcleos centrales de la problemática entre ambiente y desarrollo (Gudynas 2004). Incluso en la crisis actual, en la que se han puesto en duda las formas convencionales de valoración del capital, se sigue insistiendo, de todos modos, en mercantilizar la naturaleza⁶.

El capitalismo benévolos puede llegar a tener una moral ambiental (con la que se protegen algunos recursos naturales por su potencial utilidad productiva o goce estético), pero carece de una ética ecológica, dado que el ambiente es valorado desde el antropocentrismo (por su utilidad para los seres humanos). Tampoco se pone en discusión su obsesión con una acumulación perpetua. Esto significa que para trascender esa problemática no basta con intentar aplicar instrumentos económicos ni regular el mercado respecto a temas ambientales (así, tasas por contaminación o mercados de permisos de emisión), sino que se debe abordar la propia dinámica del capitalismo.

6 En este análisis se ha evitado usar el término desarrollo sustentable (o sostenible), pues en sentido estricto existen en su interior muy diversas corrientes (Gudynas 2004). Como el rótulo se aplica a la ligera, termina siendo usado por variantes del “capitalismo benévolos”, eso explica los ataques que recibe por parte de muchos analistas. Si bien las posturas del desarrollo sustentable débil son compatibles con un “capitalismo benévolos”, también debe señalarse que la sustentabilidad fuerte implica un distanciamiento mayor, y la más fuerte sin duda está por fuera del capitalismo e implica transformaciones radicales.

Eduardo Gudynas

Las alternativas de desarrollo que actualmente se discuten en América Latina en su mayoría son reformas –de distinta profundidad, pero dentro del capitalismo–. Varias son mínimas (en el caso de las mencionadas recetas de la CEPAL); otras están inspiradas en reformas moderadas (como las propuestas por Stiglitz); algunas dan un paso más (siguiendo el ejemplo de Rodrik), pero ninguna de ellas pone en cuestión aspectos esenciales del capitalismo. Incluso con algunas novedades, como el “nuevo desarrollo” propuesto en Brasil, ocurre algo similar, ya que a pesar de apuntar a otro balance entre Estado y mercado y a otra gestión macroeconómica, no se discute la naturaleza del desarrollo y la dimensión ambiental ni siquiera es abordada (Sicsú y otros 2007).

En el “capitalismo benévolo” también se intenta que las contradicciones y tensiones desaparezcan o sean “administradas”, ya sea por medios de gobernanza, ya sea por medios tecnocráticos o mercantiles. Se apunta a generar acciones ambientales y sociales que aseguren cierta estabilidad social, apacigüen protestas sociales y reciban legitimidad política. Pero esas acciones, a su vez, están tensionadas con medidas que se toman en sentido contrario, ya que el propio Estado debe mantener, proteger y alentar la acumulación capitalista en los sectores que se apropián de los recursos naturales. Debe hacerlo para asegurarse, por ejemplo, una recaudación fiscal que permita la manutención del Estado, así como para competir internacionalmente frente a otros mercados e inversores. O sea que el Estado mantiene, alienta y hasta subvenciona una estrategia de apropiación de la naturaleza, al mismo tiempo que debe tomar medidas para protegerse y legitimarse frente a los daños que esto origina. Este es, entonces, un desempeño frágil e inestable.

La implantación de medidas sociales, sean regulatorias (por ejemplo, protegiendo los derechos de los trabajadores) o asistencialistas (los programas Bolsa Familia en Brasil, Plan de Emergencia en Uruguay o Jefes y Jefas de Hogar en Argentina), sin duda tiene impor-

tancia. De alguna manera, se intenta generar una suerte de Estado benefactor, y ese propósito no es menor. Pero una vez aceptado eso, también es necesario señalar que esos intentos siempre están oscilando entre el logro de beneficios sociales y la legitimación política frente a la necesidad de asegurar la presencia y reproducción del capital; entre amortiguar la socialización de muchos impactos negativos generados por ese capital y la dependencia económica frente a ellos; entre la defensa de derechos ciudadanos y la defensa de los inversores, y así, sucesivamente. Esa tensión se agrava cuando buena parte del capital que está detrás de la apropiación de los recursos naturales es deslocalizada y, por lo tanto, el Estado debe lidiar no solo con élites empresariales nacionales, sino con actores corporativos transnacionalizados. En ese flanco se origina otra tensión, ya que el Estado, por un lado, promueve su inserción global apelando a aumentar sus exportaciones, mejorando su competitividad y atrayendo inversiones; y, por otro lado, eso mismo lo hace crecientemente dependiente de esas condiciones externas, las que no tienen vínculos genuinos con las urgencias nacionales ni los intereses de protección de los ecosistemas locales. Los gobiernos se enfrentan al drama de tener que competir hacia abajo, donde las referencias son los irrisorios salarios que se pagan en China, o a aceptar la devastación ambiental.

La crisis actual agrava estas contradicciones, ya que se estrechan los márgenes para captar mayores excedentes, generados a través de la extracción de recursos naturales y; por lo tanto, las finanzas estatales disponibles para medidas de compensación social y ambiental son más limitadas.

Más allá del capitalismo benévolo: romper con el antropocentrismo

Los puntos considerados a lo largo del presente artículo dejan en claro que es necesario

ampliar y profundizar las discusiones sobre la dimensión ambiental de la presente crisis del capitalismo. No es posible seguir minimizando sus impactos ecológicos ni las contradicciones fundamentales entre el capitalismo y el ambiente.

En ese contexto, una primer conclusión del presente análisis es que la “reforma” o la “reparación” del capitalismo son posturas insuficientes. En algunos casos podrán ser necesarias para atender urgencias y problemas puntuales, pero no permiten cambiar, por ejemplo, las formas de apropiación de la naturaleza, la externalización y socialización de los impactos ambientales, o la inserción subordinada en la economía global. Las alternativas que el “capitalismo benévolo” puede ensayar en el plano instrumental, tales como aplicar tecnologías ecoeficientes o ingresar nuevos bienes naturales al mercado, tienen utilidad acotada, pero a costa de su funcionalidad con el estilo de desarrollo contemporáneo. Por lo tanto, no son suficientes para solucionar el origen de las contradicciones ecológicas, sino que navegan con ellas.

Un segundo punto es que esa necesaria transformación debe abordar la base ideológica del capitalismo. En otras palabras, la salida a la crisis actual no es solamente una cuestión de cambios económicos, a pesar de la relevancia de esa temática, sino que debe ser más profunda, abarcando otras dimensiones, como la cultural y la política.

Como tercer aspecto a destacar en este debate ideológico, se debe prestar especial atención a las perspectivas de valoración. Es necesaria una crítica desde el campo de la ética, pues allí está uno de los pilares de la ideología del progreso. Recordemos que los tempranos abordajes sobre el “espíritu” del capitalismo de M. Weber señalaban que la perspectiva ética legitimaba su validez, generando justificaciones, adhesiones y el concurso de las mayorías. Parafraseando un análisis más reciente por Boltanski y Chiapello (2002), la mayor parte de las personas, tanto los dominantes como los dominados, se apoyan en ese “espíritu” del capitalis-

mo para representar su funcionamiento, sus ventajas y servidumbres. Lo mismo ocurre con las posturas sobre la naturaleza. Modificar esa relación requiere un cambio ético sustancial.

En efecto, una crítica desde la ecología política debe abordar el reduccionismo de las valoraciones económicas sobre la sociedad y la naturaleza. Por esa vía se expresa y refuerza la perspectiva antropocéntrica –uno de los ejes vertebrales de la ideología del progreso–, bajo la cual la naturaleza es un objeto de valor que debe ser explotado y aprovechado para alimentar los procesos productivos. Podría sostenerse que una opción socialista convencional que prioriza el valor de uso sobre el valor de cambio es un paso adelante (Riechmann 2006). Pero ésta sigue atrapada en una visión antropocéntrica de la naturaleza; ese es uno de los problemas con la tradición marxista. Por lo tanto, no basta con nuevas metodologías de valoración económica. La tarea es romper con el antropocentrismo y la dualidad naturaleza-sociedad.

La elaboración detallada de estos y otros puntos excede al presente texto, pero es indispensable ofrecer algunos elementos claves. En ese camino es necesario abrirse a otras miradas éticas, en las cuales la naturaleza pasa a ser sujeto de derechos, reconociéndole valores propios. Es necesario abonar el camino para una transición desde el antropocentrismo al biocentrismo, donde las especies de animales y plantas y los ecosistemas posean derechos propios independientes de la utilidad o valoración para los seres humanos. En otras palabras, dado que el biocentrismo valora todas las formas de vida, destruir la naturaleza es también dañarse a uno mismo. Felizmente, existen algunos avances, como, por ejemplo, el reconocimiento de los derechos de la naturaleza en la nueva Constitución de Ecuador de 2008 (Gudynas 2009).

Romper con el antropocentrismo también genera otros derroteros para concebir la calidad de vida, la economía y hasta la propia política, todo lo cual deriva en un camino muy

Eduardo Gudynas

distinto al del capitalismo actual, en cualquiera de sus variedades. Se apunta a un desarrollo verdaderamente enfocado en la calidad de vida de las personas y menos enfocado en la posesión y la acumulación; es decir, más austero y de tipo postmaterial (reduciendo drásticamente el consumo de materia y energía). Esta posición genera diversas consecuencias: la reconfiguración de los sujetos políticos hacia posturas relacionales y no necesariamente dualistas; una política con mayor deliberación y participación; una inserción internacional volcada a un regionalismo autónomo; y una desvinculación selectiva de la globalización, entre otras. En este derrotero, la ética biocéntrica hace que vuelva a quedar en evidencia la contradicción entre capitalismo y ambiente, contradicción en la que cualquier medida de reparación será meramente paliativa o tan sólo servirá para ocultar la gravedad de la crisis ecológica transfiéndola al futuro.

Bibliografía

- Altvater, Elmar, 1993, *The future of the market. An essay on the regulation of money and nature after the collapse of 'actually existing socialism'*, Verso, Londres.
- Assadourian, Eric, 2007, *Vital signs 2007-2008*, Worldwatch Institute, Norton/Co, Nueva York.
- Boltanski, Luc y Éve Chiapello, 2002, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Akal, Madrid.
- Calomarde, José, 2000, *Marketing ecológico*, Pirámide/ESIC, Madrid.
- CEPAL, 2009a, *La inversión extranjera directa en América Latina y el Caribe 2008*, CEPAL, Santiago.
- CEPAL, 2009b, *La reacción de los gobiernos de las Américas frente a la crisis internacional: una presentación sintética de las medidas de política anunciadas hasta el 30 de junio de 2009*, CEPAL/Naciones Unidas, LC/L. 3025/Rev.2, Santiago.
- CEPAL, 2009c, *Panorama de la inserción internacional de América Latina y el Caribe 2008-2009*, CEPAL, Santiago.
- CEPAL, 2008, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2007*, CEPAL, Santiago.
- Estay, Jaime, 2009, "De la crisis económica... ¿a la crisis del pensamiento económico?", en Eduardo Gudynas, compilador, *La primera crisis global del siglo XXI. Miradas y reflexiones*, CLAES, Montevideo. Disponible en <http://www.economiasur.com>.
- Foster, John y Fred Magdoff, 2009, *The great financial crisis. Causes and consequences*, Monthly Review Press, Nueva York.
- Fullbrook, Edward, 2009, "Crash – why it happened and to do about it", *Real World Economics Review*, Vol. 1. Disponible en <http://www.paecon.net/CRASH-1.pdf>.
- Gudynas, Eduardo, 2004, *Ecología, economía y ética del desarrollo sostenible*, Coscoroba, Montevideo.
- Gudynas, Eduardo, 2009, *El mandato ecológico. Derechos de la Naturaleza y políticas ambientales en la nueva Constitución*, Abya-Yala, Quito.
- Hart, Stuart, 2006, *O capitalismo na encruzilhada*, Bookman, Porto Alegre.
- Hawken, Paul, Amory Lovins y Hunter Lovins, 1999, *Natural capitalism*, Little, Brown & Co, Nueva York.
- Heilbroner, Robert Luis, 1990, *Naturaleza y lógica del capitalismo*, Península, Barcelona.
- Kareiva, Peter, y otros, 2007, "Domesticated Nature: Shaping landscapes and ecosystems for human welfare", *Science*, Vol. 316, No. 5833, pp. 1866-1869.
- Killeen, Thimothy, 2007, *Una Tormenta Perfecta en la Amazonía. Desarrollo y conservación en el contexto de la Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Sudamericana (IIRSA)*, Advances Applied Biodiversity Science, No 7, Conservation International, Arlington.
- Kovel, Joel, 2005, *El enemigo de la Naturaleza. El fin del capitalismo o el fin del mundo*, Tesis 11, Buenos Aires.

- Miron, Jeffrey, 2009, "Bailout or bankruptcy?", *Cato Journal*, Vol. 29, No. 1, pp. 1-18.
- O'Connor, James, 1998, *Natural causes. Essays in ecological Marxism*, Guilford Press, Nueva York.
- PNUMA, 2003, *GEO América Latina y el Caribe. Perspectivas del medio ambiente 2003*, PNUMA, Observatorio del Desarrollo, Universidad de Costa Rica, San José.
- Riechmann, Jorge, 2006, "La crítica socialista al capitalismo", en Ángel Valencia Sáiz, editor, *La izquierda verde*, Icaria, Barcelona.
- Rodrik, Dani, 2009, "A de-globalised world?", *Business Standard*, India. Disponible en <http://www.hks.harvard.edu/news-events/news/commentary/de-globalised-world>, (visitada 12/04/2009).
- Sader, Emir, 2008, "América Latina frente a la crisis", *Le Monde Diplomatique*, No. 112, Buenos Aires.
- Sicsú, João, Luiz Fernando de Paula y Renant Michel, 2007, "Por que novo-desenvolvimentismo?", *Revista Economia Política*, Vol. 27, No.4, pp. 507-524.
- Smith, Neil, 1990, *Uneven development. Nature, capital, and the production of space*, University of Georgia Press, Atenas.
- Sen, Amartya, 2009, "Capitalism beyond the crisis", *The New York Review of Books*, Vol. 56, No. 5. Disponible en <http://www.nybooks.com/articles/22490>.
- Subramanian, Arvind, 2009, "Coupled economies, decoupled debates", *Business Standard*, India. Disponible en <http://www.business-standard.com/india/news/arvind-subramanian-coupled-economies-decoupled-debates/356568/>, (visitada 29/04/2009).
- Ugarteche, Oscar, 2009, "La crisis general: elementos teóricos", en Eduardo Gudynas, compilador, *La primera crisis global del siglo XXI. Miradas y reflexiones*, CLAES, Montevideo. Disponible en <http://www.economiasur.com>.
- UNEP, 2007, *Global environment outlook. Environment for development (GEO 4)*, United Nations Environmental Programme, Valetta, Malta.
- United Nations, 2009, Recommendations of the Commission of Experts of the President of the General Assembly on Reforms of the International Monetary and Financial System, Joseph Stiglitz, organizador, United Nations, General Assembly, A/63/838, Nueva York.
- White, Lawrence, 2008, *How did we get into this financial mess?*, Cato Institute, Briefing Papers, No 110, Washington D.C.
- Williams, Colin, 2005, *A commodified world? Mapping the limits of capitalism*, Zed Books, Londres.
- World Bank, 1999, *Greening industry. New roles for communities, markets, and governments*, World Bank, Oxford University Press, Washington D.C.